

fendian como podían de las piedras, flechas y armas arrojadas, que á manera de espeso granizo venían disparadas contra ellos. Hacían á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras, y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenían que volverse á sus guaridas, y los indios rehechos repetían sus ataques y sus insultos. Pudieron en fin los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aun echar á sus enemigos de la ciudad: mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior, les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela tambien y con efecto se consiguió; pero fué á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que, por la fatiga del día, se acababa de quitar la celada. Era de los cuatros hermanos el de menos orgullosa y arrogante condicion, y por eso su pérdida fué sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatía la fortaleza, se combatía tambien en la ciudad, y los indios añadiendo golpe á golpe la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas cubiertas de paja, segun el uso general del país, ardiéron en un momento; los españoles veían quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los días y aun los meses; socorro, por más que lo esperaban, no venía; los bárbaros les arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del país segun los

encontraban, y la imaginacion ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heróico, pero aguardar insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El ayuntamiento se inclinaba á ello y aun lo pedía; pero Juan Pizarro antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sujetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza, y que antes se debería perecer. Este dictámen prevaleció, como era regular que sucediese, entre hombres tan valientes; y la conservacion del Cuzco se debió entonces sin duda á la resolucion verdaderamente heróica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que sería conveniente ir á atacar al Inca en el Tambo del valle de Yucay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio habia fijado Mango su residencia¹. Tomó á su cargo la expedicion, y con setenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos, llegó cerca del Tambo y abuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le sa-

¹ *Por todas partes del, se habla del valle Yucay, se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia: especialmente los que ovo en Tambo, que está el valle abajo tres leguas entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo.... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes que parecen murallas, unas encima de otras.* PEDRO CIEZA DE LEON: Parte primera, cap. 74.

lieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del Tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzar sobre él, le desordenó los caballos, y fué preciso retirarse á un llano frontero de la puerta del lugar para rehacerse. Entonces los indios cobrando ánimo, salieron á él con tal gritería y tal intrepidez, y en tan excesivo número, que los castellanos empezaron á temer, y mucho mas cuando vieron, que en un momento sacaron de madre el rio que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase á su confusion que oían y sentían disparar mosquetes contra ellos, señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellanas y sabían usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga: los enemigos á cada paso le cargaban y le detenían, y el suelo erizado de espinos y de puas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podían caminar. Los indios lo habían previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco, no solo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavía mas en otra salida que hizo despues con ochenta caballos y algunos infantes. Habían aflojado los indios en el sitio, y retirándose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre; creyendo Hernando Pizarro por lo mismo, que le sería fácil sorprender al Inca en el Tambo á donde antes fué á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la ra-

pidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de mas de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del Tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos armados de espadas, rodelas y morriones quitados á los nuevos, salían de sus reparos, arrostraban los caballos, y se entraban furiosos por las lanzas castellanas. Fué pues forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, á donde de allí á pocos dias dieron los indios de improviso, por disposición de su Inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este tison, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuanto pudieran hacer los indios en su defensa, si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes al ejército, así como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fué atacado el Cuzco fué embestida tambien Lima. Allí á la verdad no con tanto efecto, ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra mas

llana dejaba toda su fuerza y su pujanza á los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre, y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el gobernador no sentia allí ni por sí mismo, ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte: los indios tenian interceptado el camino y aun la tierra: todos los castellanos dispersos eran muertos: los diferentes destacamentos enviados, ó por noticias, ó en socorro, tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habian podido volver fugitivos y espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el Inca, para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientos los españoles que en unos parajes ó en otros habian sido sacrificados por los indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba lejos; los demás establecimientos españoles de América lo estaban tambien, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso pues que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pie y de á caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió además á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú, y pidiendo á toda prisa so-

corros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas, podia conocerse la fuerza de los recelos que tenia. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decia: *que si le socorria le dejaria la tierra y se iria á Panamá ó á España* ¹. De todas partes le acudieron á su tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés le envió dos navios con armas, gente, caballos, y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los dias solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demas partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por sí solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y aun el gobernador fué notado de pusilánime por haberse creído tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolucion tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navios del puerto, quebrantando así á los indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era obligacion suya mantener y asegurar el país que habia conquistado y goberna-

¹ Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro, y por él se cobrase la tierra, cumpliese Pizarro su palabra. Estas expresiones, ademas del desaliento que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasion en que así los Pizarros, como los demas conquistadores del Perú, estaban de que el país era suyo.

ba; y miradas sus precauciones por este lado no desdecían de su posición y atribuciones, aun cuando por ventura sus palabras fuesen sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos días con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos, y al tiempo en que más lo había menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacia que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles, cuando empezó á oírse en el Cuzco que el Adelantado volvía. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata conexión con esta vida, aun cuando por sus results no dejen de tener relación con ella. Vendriase por otra parte á coincidir en su narración con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenían que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranías del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces con quienes tenía que estar continuamente combatiendo, y que si á veces se podían vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hacia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningún descubrimiento importante, ningún estableci-

miento útil, ningún hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, después de haber corrido más de trescientas leguas al Mediodía, viendo que la tierra era más pobre mientras más se internaba en ella, y no hallando más que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro, y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados; y la fácil adquisición de tesoros, de poder y gloria que habían hecho ya tantos otros, y aun ellos mismos, en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacía mirar con ceño y desden todo lo que no fuese un imperio que rendir, y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del Adelantado las provisiones originales de su gobernación que Juan de Rada le había traído, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolución de volver, en la impaciencia que él tenía de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decía que si le aconteciese morir allí, no quedaria á su hijo más que el nombre de Don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allá al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites, y que ellos tenían voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejan-

tes, la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la corte le hacia, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugerencias de la ambicion, y era difícil que no se decidiese á contentar la suya y la agena á toda costa. Dióse pues la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile; supo el levantamiento general de los indios, y el peligro y trabajos de los españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria, y mas satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir á su expedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el Inca, desde Arequipa donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades; el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido, y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta: echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fué entendida por los castellanos del Cuzco, que casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de españo-

les estaba en el valle de Xauxa. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que despues se expresarán, se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero á que atendió fué á romper las inteligencias de Almagro con el Inca, sin duda para quitar al Adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envió pues con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con Don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino Don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos castellanos de Almagro que á la sazón estaban con él; añadiendo, que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era Don Diego de Almagro, y por tanto queria que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con solo cortar un dedo, y con este escarmiento y respuesta, le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fué tratar de inquirir el designio del Adelantado, el cual ya se habia acercado á Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decia él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de Don Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habria avisado de su llegada, ó se hubiera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion

con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro; la cual se les hacia cada vez mas sospechosa, viendo la insolencia, y oyendo la gritería de los indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á voces les decian que ya era llegado Almagro que habia de matar á todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habian creido de buena fe que el Adelantado se iba á juntar con el Inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yuçay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con orden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse: porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesan que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recién venidos sin hacerse mal ninguno, antes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del Adelantado, y avisando de ello á Mango, el Inca en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenia ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entretanto este capitán una conferencia con Hernando Pizarro cuando éste salió al reconocimiento, de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atreverse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenian. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general: Pizarro por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. Tambien por su parte el Adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer á los españoles del Perú, y á su amigo el gobernador en el aprieto en que estaba: que era su intento tambien tomar posesion de la gobernacion que el Rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compañía que habia entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua, que le dijesen cuál era en realidad la intencion del Adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano, ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones. *Como tal sea su intencion*, dijo Hernando entonces, *suyo será*

el homenaje, y hará de todos á su voluntad. Acordóse en suma por los Pizarros que se contestase al Adelantado, que fuese su señoría bien venido, que no creían que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que había entre él y el gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde sería muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparía la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fué así: porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenía, y el desprecio y mofa con que á la sazón hablaba de la persona del Adelantado, como siempre lo hacia, agriaban cuantas buenas palabras podía dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para mas facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones marcharon al Cuzco en órden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas: y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban, envió el Adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales, con la intimacion expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados

á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no habia mas que doscientos hombres de guerra divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y por consiguiente poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo, antes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos; ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podia contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios con las provisiones, les envió al ayuntamiento diciendo que este vería lo que habia de hacer. Los pobres regidores no sabian á qué atenerse, ni qué decidir: dentro tenian una especie de tiranos á quienes no querian ofender, y fuera una fuerza superior á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon, pues, que las provisiones eran claras, respecto de la gobernacion del Adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacia mencion ninguna: que ellos no eran letrados ni geógrafos, para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites ó no: pero que siendo el caso grave convenia mirarlo bien, y para tratarlo con mas quietud, convendria que se hiciese suspension de armas por algunos dias.

El Adelantado, á quien se comunicó esta declaración por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspension de armas que se le proponia, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenia preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua, con la condicion de que él permaneceria en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaria adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe: no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despeñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era mas que ganar tiempo, para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya segun fama se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder segun las reglas mas estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajustaban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron, pues, en este dictámen á su general, que dió por ventura, contra su inclinacion, la orden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos, y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad, por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores, y descontentos de aquellas diferencias. Solo en la casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra, y unos mosquetes montados á la puerta. El Adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia: Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenian, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojado y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro, que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento. *Yo no me doy á tales soldados*, contestó él, y seguia combatiendo. *Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad*, replicó Orgoñez, *y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse, ó aparejar las manos y pelear*. Peleábase en efecto con todo el furor que cabe en ánimos desesperados; y Orgoñez juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuya techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante